

DE LOS DINAMITEROS FENIANOS AL IRA

MICHAEL BURLEIGH

Amigos en la otra orilla del océano

Los agravios y las quejas de los irlandeses contra los británicos en el siglo XIX llegaron a ser muy numerosos. Los británicos habían acuartelado sus tropas en Irlanda, y habían favorecido por todos los medios a los industrioses irlandeses protestantes de ascendencia escocesa instalados en el norte de la isla, pues sospechaban que la mayoría de sus habitantes, católicos, se rebelarían contra ellos con ayuda de cualquier enemigo extranjero a la primera oportunidad que se presentase. Además de los presbiterianos del Ulster, existía una Iglesia protestante de Irlanda, ya establecida, es decir, privilegiada, aun cuando la mayoría de la población era practicante de la religión católica. Existía una espléndida universidad protestante, el Trinity College, en Dublín, mientras que los católicos no tenían una universidad propia. Irlanda formaba parte de un imperio global, pero a menudo se la trataba como si fuera una colonia agraria y cercana, en una isla contigua, en la que los aparceros y los arrendatarios más pobres residían en condiciones de inseguridad crónica, al antojo de los terratenientes ingleses absentistas. Millones de irlandeses habían emigrado a Estados Unidos (y a Gran Bretaña, en permanente proceso de industrialización), donde adoptaron posturas radicalizadas y muy por delante de las que sostenía la mayoría de los mismos irlandeses. Frente a la virulencia del protestantismo norteamericano reaccionaron volviéndose más agresivamente irlandeses, actitud en la que hallaron compensación por la dis-

criminación de que eran objeto, caricaturizando a los ingleses como normandos modernos y haciendo de la patria objeto de una sentimentalización exacerbada, con sus carretas y vendedores callejeros, sus turberas y sus castillos y sus brumas. Que todo esto fuese históricamente auténtico se debió en parte a que a partir de 1824 cada paraje figuraba en los exhaustivos mapas del Servicio Británico de Cartografía, mientras que otra interferencia de los británicos, con la confección del censo nacional, dio por irónico resultado un acusado incremento del nacionalismo cultural irlandés. Los sucesivos censos dieron lugar a revelaciones asombrosas. Así como en 1845 la mitad de la población hablaba el irlandés (gaélico), en 1851 el porcentaje se había reducido a un 23%, cifrándose por debajo del 15% cuarenta años más tarde. La Liga Gaélica nació del deseo de fomentar una literatura patriótica, irlandesa al cien por cien, en una época en la que las estrellas más brillantes del firmamento literario eran los nacionalistas protestantes, angloirlandeses, como J. M. Synge, Sean O'Casey o W. B. Yeats¹.

Muchas de las complejidades en las que estaba envuelta la Irlanda real, por oposición a la sencillez de la Irlanda imaginaria, se perdieron en su traducción a la otra orilla del Atlántico al tiempo que los corazones de los afectuosos se colmaban de odio. Los voluntarios irlandeses del ejército británico, repleto de capellanes militares también

católicos, fueron condecorados con un número desproporcionado de Cruces de la Victoria durante la guerra de Crimea. En 1869, los liberales ingleses e irlandeses, encabezados por el primer ministro William Ewart Gladstone, de la Alta Iglesia Anglicana, se coaligaron con los no conformistas británicos en materia de religión para desestabilizar la anómala Iglesia de Irlanda. Debido en parte al ingenio y a las disrupciones de un comité de parlamentarios ingleses en la Cámara de los Comunes, gracias al liderazgo de Charles Stewart Parnell, y también a la delincuencia rural endémica, las Leyes Territoriales sirvieron para aliviar la inseguridad de los terratenientes más modestos. Por último, fueron cada vez más los políticos británicos, encabezados al final por el propio Gladstone, que se dejaron convencer de que el futuro de Irlanda estaba en mayor o menor medida en el llamado Home Rule, o autogobierno, de modo que la separación legislativa beneficiase tanto a Inglaterra como a la propia Irlanda, mientras los dos países seguirían unidos en un nivel superior, en lo tocante a la defensa o a la política exterior, por medio de un parlamento imperial que seguiría teniendo su sede en Westminster. Esa perspectiva, que comenzó a ser muy real en vísperas de la Primera Guerra Mundial, fue suficiente para que la mayoría protestante del Ulster quisiera abastecerse de armas alemanas para mantener su pertenencia a un eje más desarrollado e industrializado, el eje Belfast-Glasgow-Liverpool, y desvincularse si fuera preciso del sur de la isla, sumido en la

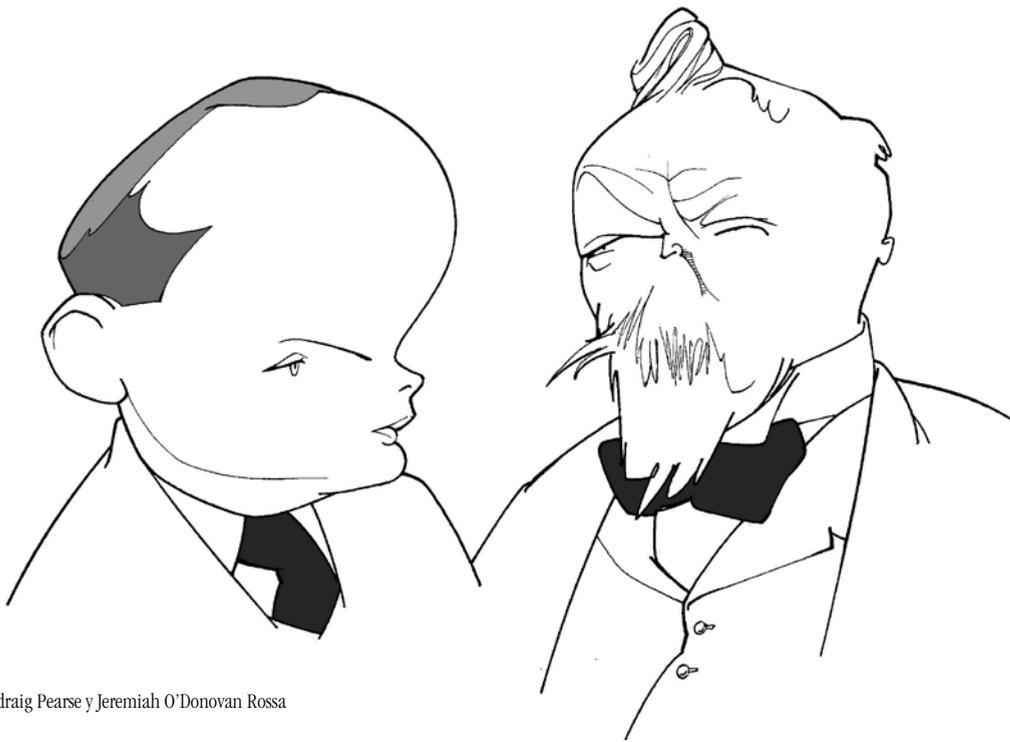
ignorancia y controlado por el clero².

El terrorismo irlandés surgió a partir de una venerable tradición insurgente que de un modo manifiesto ya no funcionaba como era de desear a mediados del siglo XIX.

El 17 de marzo de 1858 se fundó en Dublín una organización por iniciativa de un maquinista de ferrocarril llamado James Stephens. Era el día de San Patricio. Al cabo de pocos años, esta asociación se transformó para convertirse en la Hermandad Republicana Irlandesa, aunque esta designación nunca tuvo una circulación tan amplia como la que tuvo el nombre de "fenianos", con el cual se hacía referencia a una banda mitológica de guerreros irlandeses anteriores al cristianismo, la Fianna, de consistencia más o menos similar a las leyendas románticas que corrieron en Inglaterra acerca de los caballeros de la Tabla Redonda y el rey Arturo. Para los ingleses, su significado no era otro que el de una banda ruin y abyecta de malhechores y desesperados asesinos. El "fenianismo" abarcó por entonces una gama más o menos amplia de actividades diversas, conjugando la cordialidad inofensiva con el activismo laboral en el extremo legal del espectro, y pasando por los disturbios en el medio rural, la insurrección y el terrorismo ya en los márgenes de la ilegalidad. Incubado en el submundo político de París, o en los barrios bajos de diversas ciudades de la

¹ Alvin Jackson, *Ireland 1798-1998* (Oxford 1999), págs. 177-178.

² Para estos comentarios preliminares, véase en especial Paul Bew, *Ireland. The Politics of Enmity* (Oxford 2007), pp. 240 y ss., y Jackson, *Ireland 1798-1998*.



Padraig Pearse y Jeremiah O'Donovan Rossa

Costa Este norteamericana, esta cultura estaba sumamente en deuda con la de las sociedades secretas, con sus rituales arcanos, sus juramentos masónicos, su simbología abstrusa, razón principal por la cual la Iglesia católica no se mostró ni mucho menos afín a sus posturas. El objetivo en líneas generales era la liberación de la esclavitud a la que estaba sujeta la raza irlandesa y la consecución de una república irlandesa por medio de la lucha violenta, todo ello dentro del contexto más amplio de la autoafirmación cultural gaélica³.

La estrategia, en última instancia tomada de la rebelión de Wolfe Tone en 1798, iba a consistir en transformar las complicaciones que sufriese el imperio británico en oportunidades favorables para Irlanda. Esas complicaciones o dificultades imperiales no iban a ser otras que la guerra de Crimea, el Motín de la India y las guerras de los zulúes, de Sudán y de los bóers, así como las crisis de las relaciones británicas con Francia en la década de 1850, con Estados Unidos en la de 1860 y con Rusia en la de 1870, ya que una guerra con

cualquiera de ellas relanzaría las perspectivas para la creación de una república independiente de Irlanda. Si bien el número de héroes irlandeses de la guerra de Crimea parece indicar que esta estrategia había fracasado, los fenianos se envalentonaron por el hecho de que la guerra había expuesto las deficiencias militares de Gran Bretaña, así como la fractura, apenas disimulada, con Francia, que entonces era su aliada. Además de tratar de proporcionar armas a los zulúes, incluso “los morenos guerreros del desierto” al mando del *mahdi* pasaron a ser objeto del interés de los fenianos, en una tendencia que aún tendría efecto en el siglo xx, en la forma de los lazos establecidos por el Ejército Republicano de Irlanda, el IRA, con la Organización para la Liberación de Palestina y con Libia⁴.

Los fenianos recurrieron a la muy numerosa emigración irlandesa, ya fuera en Gran Bretaña o en Estados Unidos. Entre los emigrados se encontraban refugiados de las adversas condiciones que habían dado lugar a la hambruna a mediados del siglo xix, de la que muchos irlandeses afincados en Estados Unidos tenían duros recuerdos. La vida en

los guetos urbanos de los irlandeses en Estados Unidos (o en las zonas industriales de Gran Bretaña) era muy primitiva. Los irlandeses también tenían una activa y vigorosa aversión a la aristocracia protestante que dominaba en Estados Unidos, realidad que podría explicar su opción por un carácter vehementemente irlandés, que tuvo carta de naturaleza muy extendida en Boston o en “New Cork”. La guerra de Secesión marcó un punto de inflexión sumamente importante, ya que se percibió que Gran Bretaña había prestado su apoyo a la Confederación Sudafricana en una época en la que unos 150.000 irlandeses americanos combatieron sobre todo en las filas del Norte. Los irlandeses americanos iban a inyectar en el movimiento feniano tanto fondos monetarios como experiencia militar.

El gobierno de Estados Unidos observó una culpable indulgencia en su trato con el terrorismo feniano, comportamiento que habría de seguir igual durante todo el siglo siguiente. A pesar de las protestas del gobierno británico, las autoridades norteamericanas no hicieron nada para impedir que los fenianos en Estados Unidos solicitasen abiertamente fondos para cometer sus ultrajes antibritánicos, sobre todo por medio de la llamada

Dynamite Press. Los fenianos tuvieron permiso incluso para utilizar los astilleros y construir un submarino cuyo único objeto iba a ser el acoso de la marina británica. Las autoridades de Estados Unidos rechazaron todos los intentos británicos por lograr la extradición de fugitivos irlandeses. Todo lo cual equivale a decir que los fenianos habían descubierto una importante táctica terrorista, consistente en servir de una base benigna, en el extranjero, desde la cual lanzar operaciones terroristas. Las protestas británicas expresadas en Washington tal vez pudieran haberse tomado más en serio caso de que Inglaterra, y Londres de un modo muy especial, no hubiera sido un acogedor lugar de refugio para todas las especies de radicales extranjeros. Los franceses, que reaccionaron con presteza y detuvieron a los partidarios fenianos acuartelados en París, tuvieron la caballerosidad de pasar por alto que las bombas empleadas por Orsini en su intento de asesinato de Napoleón III, en 1857, estaban fabricadas en Birmingham.

En el plazo de seis años, los fenianos tenían más de cincuenta mil partidarios declarados en Irlanda. Allí, el fenianismo a menudo era poco más que un distintivo por el cual uno afirmaba su identidad, además de ser oportunidad para las actividades recreativas politizadas, en el contexto de las cuales los jóvenes varones formaron a la postre una sociedad paralela, basada en los ejercicios militares, las excursiones, los picnics y la adopción de unos modales norteamericanizados nada deferentes para con los sacerdotes, los policías y los te-

³ El mejor libro reciente sobre el nacionalismo irlandés es el de Richard English, *Irish Freedom. The History of Nationalism in Ireland* (Londres 2006), págs. 179 y ss.

⁴ Patrick Quinlivan y Paul Rose, *The Fenians in England 1865-1872* (Londres 1982), pág. 5.

rratenientes⁵. Este movimiento dispuso de su propio periódico, *Irish People*, y tuvo en James Kic-kham al menos un escritor de nota. Al otro lado del Atlántico, permitió a los veteranos desmovilizados de la guerra de Secesión aplazar su regreso a la normalidad civil y actuar en nombre de una Irlanda que había adquirido dimensiones míticas por medio de un distanciamiento notable de sus complejas realidades. En febrero de 1867, un veterano de la guerra de Secesión, además de feniano, el capitán Thomas J. Kelly (él mismo se ascendió al rango de coronel cuando entró en el servicio a Irlanda), ordenó que en toda Irlanda se produjera una serie de levantamientos que habían de darse acompañados por incidentes concurrentes en Inglaterra, y por dos invasiones de Canadá llevadas a cabo en nombre de Estados Unidos, que se frustraron gracias a los desvelos de un agente secreto británico y del propio gobierno estadounidense.

En uno de estos altercados se habría de producir la toma del castillo de Chester, en el que había un arsenal con treinta mil estanterías de rifles. El plan de los fenianos consistía en apoderarse de un tren para transportar las armas al puerto de Holyhead, donde un barco de vapor las trasladaría a Irlanda. Se cortarían además los cables del telégrafo y se arrancarían las vías del ferrocarril tras el paso del tren, para desalentar toda posible persecución. Los incendios que se provocarían en la ciudad y las interferencias en el sistema de conducción de agua aún habían de generar un caos mayor, en una de las primeras manifestaciones de las campañas terroristas coordinadas que se producirían en el futuro. En el asalto al castillo tomaría parte un núcleo de veteranos norteamericanos curtidos, que contaría con el apoyo de varios centenares de rufianes, los cuales se infiltrarían por tren en

Chester, procedentes de Liverpool y de otras ciudades del norte en las que eran muy considerables las minorías irlandesas.

El ataque se frustró antes de comenzar. Avisadas por sus espías, preocupadas por la convergencia de numerosos grupos de jóvenes irlandeses en Chester, las autoridades británicas destinaron soldados y policía a la ciudad, y la mera vista de estos contingentes dio lugar a la dispersión de los fenianos. Arrojaron sus cartuchos, porras y pistolas al río Dee o a la acequia más cercana. La misma revuelta en Irlanda fue aplastada a resultas de la suspensión del derecho de hábeas corpus y la detención de los nacionalistas más destacados, a resultas del incremento de soldados en la isla y del despliegue de embarcaciones para vigilar toda posible aproximación por el Atlántico. Coincidió, para colmo, con la peor nevada que cayó sobre la isla en cincuenta años, a raíz de la cual se desbarató la llegada de los soldados irlandeses de Norteamérica a bordo del *Erin's Hope*. Cincuenta mil soldados británicos, además de los policías, redujeron a unos cuantos miles de fenianos, que antes de ser derrotados pudieron difundir su proclama:

“Por lo tanto, declaramos que, incapaces de soportar por más tiempo la maldición del gobierno monárquico, nos proponemos la fundación de una república basada en el sufragio universal, que habrá de garantizar a todos los ciudadanos el valor intrínseco de su trabajo. El territorio de Irlanda, que se halla en manos de una oligarquía, nos pertenece a nosotros, al pueblo de Irlanda, y es a nosotros a quien debe devolverse. También nos declaramos a favor de la absoluta libertad de conciencia y de la separación completa de la Iglesia y el Estado”⁶.

El capitán Timothy Deasy y el coronel Kelly, que entretanto había creado una unidad de asesinos para que se ocupara de los agentes enemigos y de los informadores, fueron en un primer

momento detenidos en Manchester por vulnerar la Ley de Vagos y Maleantes. La noticia de la detención se extendió entre la sustancial minoría irlandesa de Manchester, y al poco llegó a oídos de dos oficiales irlandeses de Estados Unidos, Edward O’Meagher Condon y Michael O’Brien. Juntos, organizaron un equipo para proceder al rescate de Kelly y Deasy cuando fueran transportados en un furgón policial, de cara a la vista judicial de sus casos, a otra prisión de la ciudad.

Se tendió una emboscada al furgón cuando éste pasaba por debajo de un ferrocarril elevado. Los asaltantes dispararon contra el cerrojo del furgón y lograron alcanzar al sargento Brett en la cabeza cuando éste se asomó con aprensión por la rejilla de ventilación. Kelly y Deasy se apoderaron de las llaves y se unieron a los asaltantes, que huyeron a la carrera por el laberinto de ferrocarriles de entrada a Manchester. Ninguno de los dos fue capturado. Reaparecieron en Estados Unidos, donde se les dio el trato de héroes. Las autoridades tuvieron mejor suerte al detener a los asaltantes y a muchos de los que les habían prestado apoyo. Fueron veintiocho los acusados que comparecieron en el banquillo ante los magistrados de Manchester, cinco de los cuales tuvieron que comparecer en un juicio por asesinato, por delitos graves y por ofensas menores. Tras cinco días de vista, todos los acusados fueron considerados culpables de asesinato y condenados a la ejecución en la horca. La prensa británica logró que una de las condenas se conmutase, porque el convicto tenía una coartada a prueba de bomba. Los radicales de clase media, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero, pusieron el dedo en la llaga al señalar la paradoja de que si bien los británicos trataban a cuerpo de rey a un radical italiano como Garibaldi, trataban a sus equivalentes irlandeses como asesinos corrientes, lo cual constituye una manifestación temprana de la afirmación según la cual el terro-

rista de ayer es el estadista de mañana. Personalidades famosas como Charles Bradlaugh, John Stuart Mill y Karl Marx firmaron las peticiones de clemencia. Dos días antes de que se procediera a la ejecución, el único norteamericano entre los convictos —Condon— fue exonerado de toda culpa para evitar complicaciones diplomáticas con Estados Unidos.

Los tres hombres fueron colgados a la vez. Friedrich Engels, cuya esposa era feniana, escribió que “lo único que les faltaba a los fenianos eran mártires, y ahora se los han proporcionado”. La indignación que produjeron las ejecuciones se hizo sentir en Estados Unidos, Australia, Canadá, Suráfrica y Nueva Zelanda, así como en toda Europa. En Irlanda se celebraron procesiones fúnebres con grandísima asistencia de público, lo cual hace pensar que la jerarquía católica había modificado sus anteriores condenas de los “socialistas” ateos y fenianos y estaba a favor de respaldar el nacionalismo sentimental irlandés de que a menudo hacían gala sus propios curas.

Los fenianos dispersos por Inglaterra resolvieron redoblar sus actos de violencia, en anticipación de lo cual se procuraron más armas. En esta empresa fue crucial otro veterano de la guerra de Secesión, Ricard O’Sullivan Burke, que había combatido en Bull Run y en el Appomattox antes de pasar a ser el procurador de armas para los fenianos en Birmingham, ciudad en la que, haciéndose pasar por “el señor Barry” o “el señor Winslow”, adquirió las armas actuando presuntamente en nombre del gobierno de Chile. Burke fue identificado entre los detectives de Scotland Yard cuando se encontraba en Bloomsbury, en pleno centro de Londres. Tras una escaramuza, fue arrestado junto con su cómplice, Joseph Casey, en Woburn Square. Burke fue retenido en el penal de Clerkenwell, una de las dos prisiones de la zona en la que abundaban los artesanos radica-

⁵ R. V. Comerford, *The Fenians in Context. Irish Politics and Society 1848-1882* (Dublín 1985).

⁶ Alan O’Day, *Irish Home Rule* (Manchester 1998), pág. 8.

les ingleses, los lecheros galeses y muchos inmigrantes irlandeses, italianos y suizos.

Con la ayuda de algunas visitantes femeninas, entre ellas su hermana, una vez encarcelado Burke tomó contacto con los fenianos de Londres, con los cuales cruzó mensajes escritos con tinta invisible. E ideó su propio plan de escape. En el patio había reparado en que el muro exterior se había debilitado en un trecho cuando unos operarios enterraron unas tuberías bajo la calle perimetral. La intentona de fuga la encabezó otro veterano de la guerra de Secesión, James Murphy, que había pertenecido al 20º Regimiento de Infantería de Massachusetts, y que junto con un feniano de Fermanagh llamado Michael Barrett se sirvió de las limosnas recolectadas en el cepillo de una iglesia para procurarse una enorme cantidad de pólvora. Estas adquisiciones alertaron a la policía acerca de lo que se estaba preparando, aunque también tenían infiltrados agentes en la conspiración feniana.

El 12 de diciembre de 1867, Murphy y dos ayudantes introdujeron una carretilla cubierta por una lona por las oscuras e invernales calles de Clerkenwell. Llevaban en ella un barril de queroseno, con capacidad para ciento sesenta litros, lleno de pólvora. Lanzaron por encima del muro una pelota blanca, la señal que esperaba Burke —que se encontraba dando vueltas por el patio, simulando que hacía ejercicio— para hacer un alto y fingir que se quitaba una piedra de la bota. En el exterior de la prisión, Murphy prendió la mecha, que chisporroteó y se apagó. A la postre, los tres asaltantes dieron por imposible la tarea y se marcharon; dentro del muro de la prisión, Burke fue devuelto a su celda.

El viernes día 13, a las tres y media de la tarde, el barril y la carretilla aparecieron de nuevo junto al muro de la prisión. Algunos de los niños que estaban jugando por la calle fueron invitados a lo que iba a ser un espectáculo de fuegos de artificio. Uno

de los asaltantes, vestido con un gabán marrón y un sombrero negro, llegó a encender la mecha empleada para detonar el barril tomando el fuego de un muchacho que fumaba un cigarrillo. Cuando estalló la bomba, la mayor parte de la fuerza del explosivo se descargó contra las viviendas de alquiler de enfrente, y no contra el muro de la prisión, aunque de éste se desprendió una cuña invertida, de unos dieciocho metros de longitud en su parte superior y muchos menos en la gruesa base del muro. La grieta abierta en éste fue irrelevante, ya que, como medida de precaución, las recelosas autoridades de la cárcel habían realojado a Burke y a Casey en celdas situadas en la parte más lejana. La explosión se oyó en el barrio de Brixton, al sureste del Támesis, y, según un hombre que escribió una carta al director del *Standard*, se oyó incluso a sesenta kilómetros de distancia. Perdieron la vida tres personas, una niña de siete años, un ama de casa de treinta y seis años y un hombre de cuarenta y siete años. Muchísimos más sufrieron heridas terribles. Las muertes de las personas residentes en los alrededores ascendieron en total a doce a lo largo de las semanas siguientes, mientras muchos centenares sufrieron heridas de diversa consideración. Habían resultado gravemente deterioradas cuatrocientas viviendas.

Corrieron diversos rumores sobre la intención de los fenianos de volar el Arsenal de Woolwich, la Torre de Londres y el Minster de York, la catedral gótica más grande del norte de Europa. Cincuenta mil policías especiales se presentaron voluntarios para patrullar las calles, y no pocos funcionarios salieron armados. Se recogieron siniestras conversaciones en el *Spectator* sobre la necesidad de hacer despliegue de bayonetas, aunque esta revista había mostrado una clara simpatía por la nobleza demótica de la revuelta feniana declarada en Irlanda.

Michael Barrett fue detenido mientras hacía pruebas con un

revólver cuando se hallaba en Glasgow. Fue devuelto a Londres. Junto con otras cinco personas compareció en juicio celebrado en el Old Bailey en abril de 1868. Sólo Barrett fue considerado culpable de asesinato. Habló largo y tendido antes de que se emitiera la sentencia, poniendo en duda las pruebas y los testimonios que se habían aportado en su contra, y a uno de los testigos lo tachó de “príncipe de los pervertidos”. Fue condenado a la horca. En otro juicio, Ricard O’Sullivan fue condenado a catorce años de servidumbre penal. Todos los intentos por conmutar la pena de Barrett se llevaron a cabo en un momento en el que las autoridades de Australia y de Canadá habían ahorcado a los fenianos que acribillaron a un feniano renegado (que con el tiempo había llegado a ser ministro del gabinete canadiense) e hirieron al duque de Edimburgo en un atentado cuando realizaba una gira por las antípodas. Barrett salió de la cárcel de Newgate para ser ejecutado en una espléndida mañana de mayo, y quienes alquilaban asientos en el pub llamado *La urraca y el tocón* pagaron hasta diez libras por localidad, además de cantar “Champagne Charlie” y “Oh My, I’ve Got to Die”. Barrett murió en el acto. Fue el último hombre que tuvo una ejecución pública en Inglaterra. Había nacido un mártir. Y había nacido también el hábito de llamar “Mick” a cualquier irlandés: en lo sucesivo, los fenianos (y los miembros de la Guardia de Irlanda) fueron conocidos popularmente como los “Mick Barretts”.

Al ocupar Barrett su lugar en el martirologio irlandés, los padecimientos de unos ochenta fenianos previamente encarcelados pasaron a ser material de infinidad de leyendas y objeto de complejos cálculos por parte de las autoridades británicas, que, al margen del partido al que pertenecieran, aspiraban a introducir una serie de reformas moderadas en Irlanda: los conservadores de Disraeli se mostraban tolerantes

hacia la Iglesia católica y Gladstone por su parte buscaba la aprobación de una reforma agraria y de alguna medida que desestabilizara a la Iglesia protestante de Irlanda. La mayoría de los nacionalistas irlandeses respondieron con llamamientos a la reforma agraria y con reclamaciones de medidas de autogobierno. En los márgenes más extremos de la política irlandesa, los prisioneros fenianos dieron toda clase de quebraderos de cabeza al ingenio desapasionado de los estadistas británicos. La necesidad de mantener la ley y el orden, aunque fuese en definitiva por medio de la cárcel y la pena capital, precisaba de un equilibrio ante la espiral de violencia a la que podría dar lugar, y también ante las más amplias repercusiones políticas que podría tener en Irlanda y en el extranjero, en especial en Estados Unidos, donde los políticos estaban deseosos de conquistar el voto de los irlandeses de Estados Unidos. ¿Había que tratar a los prisioneros como delincuentes comunes o como presos políticos?

Así como a los presos fenianos se les ahorraron muchos de los rigores disciplinarios de la pánoplia victoriana, los que mantuvieron su actitud fueron condenados a un confinamiento en solitario o a los grilletes durante periodos cuya mera longitud parece sumamente cruel. Las informaciones sobre la durísima situación en que se hallaban los presos hincharon las filas de los activistas y los simpatizantes fenianos, pues fueron objeto de emotivas campañas en su recuerdo, campañas que rutinariamente hacían hincapié en los muchos sufrimientos de las inocentes esposas e hijos de dichos presos. A medida que los hechos sanguinarios y fríos que habían hecho a los terroristas responsables de su condena se iban desdibujando de la memoria, la situación de los presos pasó a ocupar el primer plano de las emociones prácticamente en todas partes. La administración de Gladstone a la sazón optó por la sensata táctica de poner en libertad al me-

nos a los peces chicos, de expatriar después a los cabecillas, y de mantener en prisión a los fenianos que habían sido miembros de las fuerzas armadas, por ser ésta una cuestión en la que la reina Victoria se negó en redondo a obrar con lenidad⁷.

Jeremiah O'Donovan Rossa

La rabia desatada ante las “injusticias” y las “indignidades” a las que se sometía vilmente a los fenianos encarcelados también dio lugar a los primeros pensamientos de represalia y de venganza entre sus partidarios. Entre los más iracundos se encontraba Jeremiah O'Donovan Rossa, quien había sido amnistiado en 1871 por el gobierno de Gladstone pese a tener pendiente una condena de quince años de cárcel, con la condición de que emigrase a Estados Unidos. Dipsómano y excesivamente encariñado con el whisky y los cigarros puros, Rossa se dedicó a lanzar amenazas tan grandilocuentes como sanguinarias, asegurando que iba a reducir todo Londres a un cúmulo de cenizas con la ayuda de una docena de pirómanos, que desencadenarían “el fuego del infierno” sobre la capital del imperio. El errático Rossa, conocido por sus detractores con el sobrenombre de “O'Dinamita”, sólo tuvo esporádicas relaciones con el Clan na Gael, una organización secreta con base en Estados Unidos, fundada en junio de 1867 bajo el mando de John Devoy, para oponerse encarnizadamente a todos los irlandeses que se hubieran dejado engatusar para dar su apoyo al Home Rule, al autogobierno restringido.

En 1876, esta sociedad secreta organizó una osada fuga de la cárcel imperial de Fremantle, en la costa oeste de Australia, por parte de seis fenianos encarcelados, que fueron llevados a aguas internacionales en un ballenero registrado en Estados Unidos y

llamado *Catalpa*. Su bandera aún se puede admirar en el museo nacional de Dublín. Este golpe propagandístico alimentó la idea de crear un fondo para escaramuzas, un remanente con el que financiar ataques aunque fueran puntuales contra Gran Bretaña y contra sus intereses en el mundo entero; el primero de los proyectos fue una invasión de Canadá, de la que se suponía que Estados Unidos sabría aprovecharse. El resultado fueron unas cuantas escaramuzas de frontera sin mayores consecuencias. Gran parte del dinero del Clan fue alegremente despilfarrado en un maestro de escuela e inventor llamado John Holland, el genio que se ofreció a construir un submarino para los fenianos.

John Devoy, el dirigente más inteligente del Clan, decidió optar por lo que llamó “Nuevo Rumbo” en 1878, prestando todo su apoyo a Charles Parnell y a su versión constitucional del nacionalismo irlandés, aunque otros elementos de la cúpula de liderazgo se embarcaron simultáneamente en una campaña de terror, como fue el caso de O'Donovan Rossa, con el cual, para complicar aún más las cosas, el Clan ocasionalmente entabló cooperación. Buena parte de la retórica familiar de algunos movimientos terroristas contemporáneos era ya evidente, aunque de forma embrionaria, entre los fenianos de la década de 1880, si bien el hecho de que evitaran el empleo del término “terrorismo” ha supuesto que a los nihilistas rusos se les adjudicara la progenitura de la táctica. Lo cierto es que lo que hicieron los rusos, y no tanto lo que dijeron, era más cercano al asesinato dirigido de las figuras imperiales clave, perpetrado con la idea de aislar al gobierno de la sociedad, con lo que estuvo lejos por tanto de la creación de un clima de pánico masivo con la intención de influir en los procesos políticos del momento⁸.

La idea inicial de los fenianos, consistente en la creación de un ejército popular que presentara la voluntad oprimida de la nación por medio de la violencia y la insurrección fue quedando gradualmente arrinconada por la idea de las campañas de terror confeccionadas para minar la moral del enemigo imperial, mucho más poderoso. Este cambio de táctica se debió a que no existía un respaldo sustancial a la insurrección, verdad que inteligentemente fue ocultada dentro del propio análisis de los fenianos: “Deberíamos oponernos a una insurrección general en Irlanda por ser una posibilidad inoportuna, que hay que desaconsejar de plano. Pero creemos sin embargo en la acción. La causa irlandesa precisa de hombres dispuestos a perpetrar escaramuzas. Precisa de una reducida banda de héroes que inicien y mantengan sin descanso una guerra de guerrillas, hombres capaces de volar por tierra y por mar como seres invisibles, y que caigan con toda su fuerza sobre el enemigo, ya sea en Irlanda, ya sea en la India, ya sea en la propia Inglaterra, siempre que la ocasión se presente”. La presunción de la vanguardia ilustrada iba a terminar por ser familiar en toda clase de terrorista moderno.

El arma predilecta de estos terroristas estuvo influida por los atentados de los nihilistas rusos que culminaron en el asesinato del zar Alejandro II, el 1 de marzo de 1881, obra de un grupo de terroristas que lanzaron una serie de explosivos semejantes a las granadas de mano contra su diana. La nitroglicerina la había inventado Ascanio Sobrero, un químico piomontés, que al mezclar glicerina con ácido sulfúrico y ácido nítrico logró un líquido amarillento, de olor dulzón y curiosas propiedades. En la década de 1860, Alfred Nobel, inventor sueco, descubrió la fórmula para estabilizar la nitroglicerina mediante su absorción en un elemento sólido, empleando sustancias como el kiesegelguhr, el serrín o la gelatina, siendo el

producto final de sus descubrimientos el cartucho de dinamita que se comercializó con nombres como el de Atlas. Nobel también inventó detonadores de pólvora para activar la explosión de la dinamita⁹.

Rossa, el terrorista feniano, hizo lo posible por relamerse con sus socios ante el lejano resplandor de los asesinos nihilistas rusos, para lo cual anunció en su periódico la convocatoria de cursos de fabricación de bombas a cargo de un individuo llamado “Profesor Mezzerooff, “el enemigo invisible de Inglaterra””. Mezzerooff era un hombre alto, de rasgos afilados, con el cabello rizado en torno a una calva incipiente y un “bigote hirsuto”. Vestido habitualmente con ropas negras y protegido por unas gafas de montura de acero, tenía el siniestro aspecto de un personaje tomado de una novela de Dostoievski o de Conrad. Sus orígenes eran misteriosos, aunque tenía el acento de un irlandés. Su padre era ruso, pero es posible, se dice, que su madre fuera natural de Escocia, de las Tierras Altas, y que disfrutase de nacionalidad estadounidense. A los estudiantes se les animó a pagar 30 dólares americanos por un curso de treinta días de duración para aprender a fabricar dinamita, aunque el entusiasmo de Mezzerooff fuese bastante mayor que sus conocimientos de química. Afirmó que la dinamita “era la mejor manera de que disponen los pueblos oprimidos de todos los países del mundo para librarse por fin de la tiranía y la opresión”. Medio kilo de aquella sustancia tenía mucha más fuerza que “un millón de discursos”¹⁰.

El terrorismo con dinamita iba a ser la táctica de los débiles en un conflicto por lo demás imposible. No había leyes bélicas inmutables, porque la tecnología en constante evolución tendía a

⁷ Véase el exhaustivo estudio de Seán McConville, *Irish Political Prisoners, 1848-1922. Theatres of War* (Londres 2003).

⁸ G. I. Brown, *The Big Bang. A History of Explosives* (Thrupp 2005), págs. 92 y ss.

⁹ Véase en especial K. R. M. Short, *The Dynamite War. Irish-American Bombers in Victorian Britain* (Dublín 1979), págs. 218-219.

¹⁰ Henri le Caron, *Twenty-Five Years in the Secret Service. The Recollections of a Spy* (Londres 1893).

que toda ley fuese redundante. Sea como fuere, como Irlanda no era un Estado soberano, los irlandeses se encontraron al margen de las convenciones internacionales e interestatales. Plegándose al espíritu de la era victoriana, la racionalización definitiva fue bien simple: la dinamita representaba el apogeo de la guerra científica. De ahí el respeto en que se tenía a Mezzerooff, más adelante inmortalizado en el personaje de “el Profesor” por Joseph Conrad, en su novela titulada *El agente secreto*.

Tanto Rossa como el Clan se embarcaron en sendas campañas de terror, empleando a terroristas irlandeses de Norteamérica, y no a simpatizantes fenianos radicados en la propia Irlanda o en las islas Británicas, considerados entonces demasiado susceptibles de infiltración por parte de detectives y agentes secretos británicos, algunos de los cuales, como Henri le Caron, operaban al otro lado del Atlántico.

Aquéllos no fueron ataques realizados al azar contra objetivos individuales de más o menos renombre, sino campañas llevadas a cabo con su propio ritmo, con golpes múltiples y sucesivos, cuyo objeto era, en efecto, la extensión de un clima de miedo, de pánico. El objetivo inicial fue escogido en aras de su valor simbólico: un barracón del ejército en la ciudad en la que habían sido ahorcados tres mártires de la causa irlandesa. El 14 enero de 1881, los terroristas de Rossa atacaron en medio de una densa neblina el Barracón de Regent Road en Salford, aunque la bomba, colocada en un conducto de ventilación, causó daños sobre todo en una carnicería vecina y en un taller de fabricación de cuerdas, en el que fue asesinado un niño de siete años. Otros ataques realizados en febrero quedaron desbaratados por la intervención de la policía, que hizo un registro a fondo en un barco, el *Malta*, que portaba una carga de cemento procedente de Nueva York y en cuya bodega encontraron cajas que contenían seis bombas provistas de detonadores

con mecanismo de relojería. Tres meses después, un policía atento apagó la mecha encendida de una bomba de pólvora, colocada en una hornacina bajo el Egyptian Hall de la londinense Mansion House. En mayo, una tosca bomba de tubo provocó daños mínimos en el cuartel general de la policía de Liverpool. Un mes más tarde, dos terroristas fueron detenidos cuando dejaron una bomba montada en una conducción de gas de hierro forjado, delante del ayuntamiento de la misma ciudad. Algunos valientes policías se la llevaron a rastras, por las escaleras del ayuntamiento, justo antes de que estallara. Los dos terroristas fenianos fueron condenados uno a doce años de cárcel y otro a cadena perpetua. Además de éste, el único éxito de que disfrutó la policía consistió en descubrir un depósito de armas de los fenianos en unos establos que un tal señor Sadgrove había alquilado a un relojero suizo de Clerkenwell. En él hallaron cuatrocientos rifles, con grabados que representaban el trébol de Irlanda adornando las culatas, así como sesenta revólveres y unas setenta y cinco mil municiones. Sadgrove, o John Walsh, como se llamaba en realidad, fue condenado a siete años de servidumbre penal. Aunque los efectos letales de la campaña de Rossa más bien fueron mínimos, se sumó al horror que causaron los asesinatos que en Phoenix Park acabaron con la vida de lord Frederick Cavendish y de Thomas Burke, miembros destacados de la administración de Dublín, apuñalados con bisturíes por parte de una banda que se hacía llamar los Invencibles de Irlanda, y que se aseguró de sembrar entre el público la angustia y el terror. Razón no les faltaba para esto, porque a los estafalarios hombres de Rossa se iban a sumar al poco tiempo algunos asesinatos con métodos más profesionales, si bien el irreprimible Rossa contribuyó también a financiar este grupo. Su periódico, el *United Irishman*, publicó abiertamente solicitudes de donaciones para la causa terrorista,

incluyendo a veces algunas cartas remitidas por los donantes: “Estimado señor, *adgunto [sic]* tres dólares; dos son por mi suscripción anual del “United Irishman”, y el otro para comprar dinamita. Me parece que es la solución más eficaz para esa vieja tirana que es Inglaterra. Deseándole a usted y al “United Irishman” todo el éxito, quedo de usted, etc. Thomas O’Neill”.

Fuentes de financiación más sustanciosas llegaron del líder del Clan en Estados Unidos, un abogado de Chicago llamado Alexander Sullivan, que sencillamente redirigió algunas de las impresionantes cantidades de dinero que los irlandeses de Norteamérica habían entregado para las actividades rurales de la Liga de la Tierra Irlandesa. Rossa y Sullivan desataron campañas paralelas de terror, si bien las fuentes de financiación y parte del personal en algunos casos fueron intercambiables¹¹.

Los hombres de Rossa atacaron primero a finales de enero de 1883, en Glasgow. Dos grandes bombas destruyeron un gasómetro de la conducción del gas de la ciudad, provocando daños considerables en las industrias vecinas e hiriendo a once personas. A primeras horas del día siguiente, unos jueguistas que habían alargado la noche anterior se encontraron con una bomba ideada para derruir un acueducto de piedra que servía para que el canal de Forth y de Clyde salvase una carretera. Un soldado de permiso hurgó en una sombrerera ovalada, de hojalata, que le estalló en la cara.

Siete semanas después, un policía descubrió otra sombrerera, esta vez junto a las oficinas del *Times*, sitas en Playhouse Yard. Logró darle una patada, lo que provocó que la tosca bomba de lignito no funcionase como estaba previsto. Poco después, cuando el Big Ben daba las nueve, una impresionante explosión

arrasó los edificios nuevos del gobierno en Parliament Street. Tanto estos edificios como el cuartel general de la División “A” de la Policía Metropolitana pareció que hubieran sobrevivido a una invasión en toda regla. Gladstone apareció a la mañana siguiente para examinar el desastre. Se estacionaron a partir de entonces policías en todos los edificios clave, para vigilar a las figuras públicas de mayor renombre. Se creó una nueva Rama Especial de Irlanda, al mando del inspector jefe, “Dolly” Williamson, dedicada al terrorismo feniano en exclusiva, con sede en un pequeño edificio en el centro de Great Scotland Yard, un dédalo de callejuelas y patios que se encontraba en el flanco este de Whitehall, donde la Policía Metropolitana sigue teniendo establos para sus caballos. El 21 de mayo, el *Times* publicó una carta de “un dinamitero considerado” en la que advertía que “miles, tal vez millones de ciudadanos inocentes como ustedes habrán quizá dejado de existir antes de que llegue un nuevo mes de abril”. Desde Colorado, el corresponsal aconsejó a los británicos que procedieran a la evacuación de mujeres y niños antes de que regresaran los terroristas fenianos¹².

El lazo más débil en toda la campaña de Rossa era el hecho de que los explosivos entrasen de contrabando en Gran Bretaña a bordo de barcos norteamericanos con rumbo a Cork o a Liverpool, procedimiento que permitió a la policía lograr sus mejores éxitos. La siguiente oleada de terroristas, despachada por el Clan de Sullivan, y no por Rossa, resolvió pasar a fabricar sus bombas en Inglaterra, para no tener que soportar el acoso de las autoridades portuarias tanto en Inglaterra como en Irlanda, en donde habían aumentado las medidas de seguridad. Su líder, el doctor Thomas Gallagher, vi-

¹¹ Sobre Sullivan, véase Terry Gowlay, *Irish Rebel. John Devoy and America's Fight for Ireland's Freedom* (Nueva York 1998), págs. 155 y ss.

¹² Roland Quinault, “Underground Attacks”, en *History Today*, septiembre de 2005, págs. 18-19, aporta algunas ilustraciones con encanto.

sitó Gran Bretaña disfrazado de turista norteamericano en 1882. Procedente de una numerosísima familia de emigrantes irlandeses, Gallagher había trabajado en una fundición cuando era adolescente, y había estudiado medicina en sus ratos libres. Poseía la autoridad natural de un curandero en su barrio de Brooklyn, mientras gracias a sus estudios también había adquirido los conocimientos de química necesarios para la fabricación de bombas.

Gallagher envió a Inglaterra a un tal Alfred George Whitehead —o Jemmy Murphy, que era su nombre verdadero— con el fin de que estableciera la cobertura necesaria para una fábrica de bombas. Whitehead alquiló un local en el barrio de Ladywood, en Birmingham, donde montó un falso negocio de pintura y decoración, con pinceles y papel pintado en exposición, para sus posibles clientes, por valor de diez libras esterlinas. Esta cobertura le permitió adquirir grandes cantidades de productos químicos, cuyo olor quedaría enmascarado por los de la pintura y el aguarrás. Algunos proveedores, extrañados, comenzaron a preguntarse por las grandes cantidades que compraba Whitehead de glicerina pura, y repararon en su acento irlandés, en sus uñas sucias, en la ropa mordida por el ácido. Algunos policías de paisano comenzaron a acudir a comprar brochas y papel pintado, hasta que por fin entraron de noche en el establecimiento para tomar muestras de los productos químicos que allí abundaban. Se dieron cuenta de que el ácido les había agujereado los calcetines. La clave más ominosa fue una chaqueta con etiqueta de Brooks Brothers, de Broadway, Nueva York, que tanto entonces como ahora era y es una famosa marca de ropa de caballero.

Aunque tuvieran sujeto a vigilancia al fabricante de las bombas, los policías aún no tenían ni idea de cuál pudiera ser la identidad de los terroristas. Gallagher los había reclutado el año anterior entre los jóvenes pertene-

cientes a los muchos clubes fenianos de Nueva York, como el Emerald Club o el Napper Tandy. El propio Gallagher viajó a Inglaterra junto con su hermano Bernard, alcohólico, al cual hizo viajar en la bodega, en tercera clase. Gallagher llevaba 2.300 dólares encima y una carta de crédito por valor de seiscientas libras esterlinas. Junto con su equipo de terroristas hizo varios viajes de Londres a Birmingham para recoger los explosivos que preparaba Whitehead. A pesar de las claras instrucciones del doctor, los integrantes menos inteligentes de su equipo supusieron que era posible verter la nitroglicerina en un saco o en un baúl sin que hicieran falta bolsas de goma para su transporte. En una ocasión echaron cuarenta kilos de nitroglicerina en dos botas de pescar que, atadas con un cordel por el cierre, a la altura de las rodillas, fueron llevadas a Londres dentro de una maleta. Los mozos de cuerda tanto de la estación como del hotel se sorprendieron ante el peso, especulando sobre si la maleta contendría soberanos de oro o lingotes de hierro. La policía siguió a los terroristas a su retorno de Birmingham a Londres, y allí procedió a su detención. Whitehead fue arrestado en su fábrica de bombas. Toda la célula fue condenada a cadena perpetua. En otro triunfo para las autoridades, diez de los llamados “Ribbomen” de Glasgow (violentos nacionalistas católicos que portaban cintas verdes en la solapa) y dos de sus contactos, irlandeses de Estados Unidos, fueron acusados en diciembre de 1883 por la campaña de bombas colocadas en Glasgow. Una Ley de Sustancias Explosivas mucho más rigurosa comportó que fuese prueba irrefutable de culpabilidad, a pesar de la presunción de inocencia, la simple tenencia de determinados productos químicos o de explosivos ya compuestos.

Estos juicios tuvieron lugar durante el verano, a la vez que se preparaba una última campaña de bombas, concentrada en Londres. El dirigente de este equipo,

William Mackey Lomasney, había nacido en Ohio, y había sido amnistiado por las autoridades británicas en 1871, tras cumplir parte de una condena que le fue impuesta por delitos relacionados con la tenencia de armas y el intento de asesinato. Procedente de una familia de hondas raíces en la insurrección irlandesa —su bisabuelo murió cuando luchaba en la banda de Wolfe Tone—, Lomasney era un hombre de apariencia enclenque, acento arrastrado y un rostro irreconocible, según se dejase la barba o se la afeitase. El equipo de Lomasney dio comienzo a su campaña con el bombardeo de varias estaciones del metro londinense en noviembre de 1883. Las estaciones y los túneles oscuros les proporcionaron abundantes vías de escape para evadirse de su captura, al igual que la presencia de la muchedumbre. Las bombas, colocadas en bolsos de viaje, se dejaban caer ante los vagones de primera clase, y se detonaban cuando los coches de tercera clase pasaban por el punto en el que habían quedado los bolsos. El primero de estos ataques tuvo lugar cuando un tren de la Metropolitan Line salió de la estación de Praed Street, conexión por metro con la estación de ferrocarril de Paddington. Setenta y dos personas que viajaban en los vagones más baratos fueron heridas por las astillas de madera y las esquirlas de cristal. Veinte minutos más tarde estalló otra bomba de parecidas características en un tren de la District Line que partió de Charing Cross con destino a Westminster; causó daños más limitados en las conexiones eléctricas y de agua del propio túnel del metro. Entre los heridos se contaron varios artesanos y tenderos, así como dos escolares de Clacton que pasaban el día de visita en la capital. Entretanto, otro equipo de los fenianos había introducido los componentes necesarios para la fabricación de bombas en un barco procedente de Francia. En febrero de 1884, cuatro bombas con detonadores de relojería fueron depositadas en las consignas

de equipajes de cuatro grandes estaciones de ferrocarril: Charing Cross, Ludgate Hill, Paddington y Victoria. Tres de ellas no llegaron a estallar, aunque la bomba de Victoria devastó la sala de consignas al estallar a la una de la madrugada, cuando la estación estaba desierta. Los terroristas ya viajaban hacia Francia antes de haber dispuesto la explosión de las bombas. La vigilancia policial de los puertos aumentó las medidas de seguridad¹³.

Con la ayuda de un informador, la policía arrestó a un irlandés de Estados Unidos llamado John Daly, que portaba tres bombas de dinamita encastradas en recipientes de latón. Su intención había sido arrojarlas desde la galería de los visitantes a la sala de plenos de la Cámara de los Comunes, atentado que, de haber tenido éxito, habría acabado con todo el gobierno y los líderes de la oposición que ocupaban los bancos. Un jurado tardó quince minutos en dictaminar la culpabilidad de Daly. Entretanto, los hombres de Lomasney atacaron en mayo de 1884 el Junior Carlton Club e hirieron al personal de cocina y no a los miembros del selecto club, reunidos en el domicilio de sir Watkin Wynn, y aún con más audacia atacaron las oficinas de la Rama Especial de Irlanda. Se dejó una bomba en un urinario de hierro forjado, en el pub Sol Naciente, que estaba pared con pared en una esquina de Great Scotland Yard con la sede de la Rama Especial de Irlanda. Causó daños considerables en el edificio y destruyó muchos de los archivos policiales sobre los fenianos. Tras una relativa tranquilidad durante el verano y el otoño, a las seis de la tarde del 13 de diciembre de 1884 explotó una bomba en el extremo suroeste del Puente de Londres, lanzando a los peatones al suelo y abriendo un boquete en la calzada. Los restos de un bote de remos que habían alquilado con anteriori-

¹³ Richard English, *Armed Struggle. The History of the IRA* (Londres 2003), págs. 3-13.

dad William Mackey Lomasney y dos cómplices, y que la marea dejó en la orilla del río, indicó que los terroristas habían volado por los aires. El almacén de dinamita de Lomasney, fabricada en San Francisco, fue descubierto en una casa de Harrow Road al cabo de un año.

A comienzos del siguiente año un equipo de terroristas irlandeses de Norteamérica recién formado, a las órdenes de James Gilbert Cunningham y de Henry Burton, de veintitrés y treinta y tres años respectivamente, logró pasar de contrabando treinta kilos de dinamita de la marca Atlas, clase “A”, cuando llegaron al Reino Unido. La primera de las bombas que colocaron explotó el 2 enero de 1885 en un tren de la Metropolitan Line cuando se acercaba a la estación de Godge Street. El sábado 24 de enero Burton y un cómplice suyo que se había disfrazado de mujer trataron de colocar una bomba puramente de distracción en la cripta de la Abadía de Westminster, para permitir que otros terroristas actuasen con entera libertad y colocasen una bomba en la Cámara de los Comunes. De forma prácticamente simultánea, Cunningham se escabulló cuando estaba entre un grupo de turistas de visita en la Torre de Londres y colocó una bomba tras un cañón de la Torre Blanca, en el centro del edificio. El cañón absorbió gran parte de la onda expansiva, aunque cuatro jóvenes turistas salieron heridos. Cunningham fue atrapado cuando huía por el laberinto de murallas y jardines de la Torre; Burton fue detenido poco después. Ambos fueron condenados a cadena perpetua por estos ataques y por las bombas de Gower Street y las cuatro estaciones londinenses.

A mediados de marzo de 1885, las autoridades francesas acorralaron y deportaron a los fenianos reunidos al parecer para un congreso sobre el empleo de la dinamita. Entre ellos se encontraba James Stephens, el creador de la organización original, que irónicamente siempre se

había opuesto al uso terrorista de las bombas. Los temores de que el gobierno de Estados Unidos fuese finalmente persuadido de obrar de este modo dieron lugar a que el Clan renunciase a sus planes y a otras campañas posteriores. Una última conspiración, obra del implacable Rossa y de un ala escindida del Clan, con la intención de provocar explosiones durante la celebración del quincuagésimo aniversario de la subida al trono de la reina en 1887, fue desbaratada por la infiltración al más alto nivel, en el Clan, de un agente británico.

Abrirse camino a golpes

Los fenianos, o Hermandad Republicana Irlandesa, se encontraban en el corazón histórico y constituyeron el modelo mitológico de lo que se convertiría en el Ejército Republicano de Irlanda, el IRA. Irónicamente, el éxito de la tradición constitucional a la que se opusieron, aunque no del todo, y que llevó al gobierno británico a la concesión de un Home Rule o autogobierno a Irlanda en 1914, ya había engendrado una respuesta paramilitar de bloqueo entre los unionistas, esto es, la formación en 1913 de la Fuerza de Voluntarios del Ulster [UVF en sus siglas en inglés]. La insidiosa aquiescencia del gobierno británico con este primer ejército paramilitar —que tuvo vinculaciones con el partido conservador y con las fuerzas armadas británicas— contribuyó a que en Dublín se crearan los Voluntarios de Irlanda, de los cuales una parte se fusionaría con la Hermandad Republicana Irlandesa para dar nacimiento al IRA¹⁴.

En la misma línea que la estrategia feniana ya establecida, consistente en capitalizar los reveses que pudieran aquejar al imperio británico, distintos elementos de la Hermandad Irlandesa y de los Voluntarios de Ir-

¹⁴ Bew, *Ireland*, p. 375; sobre Pearse y el nacionalismo republicano y católico, véase Conor Cruise O'Brien, *Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland* (Dublín 1994), pp. 103-117.

landa —organizaciones que respaldaron a la Alemania imperial en la Primera Guerra Mundial— desencadenaron el Alzamiento de Pascua en 1916, tomando un puñado de edificios emblemáticos de Dublín por espacio de cinco días. Con un millar de insurgentes, esta iniciativa obedeció sobre todo a la intención de desacreditar el pragmatismo constitucional del Partido Parlamentario Irlandés, de John Redmond, que había logrado su objetivo de un autogobierno parcial (aunque el Home Rule quedara en suspenso mientras se prolongase la guerra), y también a la de erosionar al gobierno británico, entonces dominado por los liberales y empantanado en el Frente Occidental en una guerra de la que tanto la Iglesia católica como la mayoría de los irlandeses eran partidarios. Si se considera con el debido desapasionamiento, el Alzamiento respondió a una concepción irremediablemente torcida, pues empezó, de entrada, antes de que hubiera llegado un cargamento de armas alemanas que habría sido crucial, por no hablar de una invasión de Gran Bretaña llevada a cabo por el gallardo aliado de Irlanda, el káiser. Unos mil quinientos hombres tomaron parte en el Alzamiento, lo cual equivale a un 1% de los voluntarios irlandeses que en aquellos mismos momentos luchaban contra la Alemania imperial en el ejército británico. Pero esto es lo de menos, porque esta crucifixión se había concebido y coreografiado como un sacrificio de sangre que habría de presenciar el nacimiento de la nación. Fue aplastado con relativa facilidad por medio de los soldados irlandeses del 10º Regimiento de los Fusileros Reales de Dublín, y tuvo un coste de unas 450 vidas de civiles irlandeses, además de 116 soldados y dieciséis policías.

Sin embargo, el modo en que se produjo la respuesta judicial pasó a ser, a ojos de los republicanos, la epifanía constitutiva en la creación de un movimiento armado republicano que contó con un apoyo muy extendido

entre los católicos irlandeses, que por su parte habían equiparado religión y nacionalismo hasta formar una única entidad sacra y tribal, al tiempo que disimulaban su propio sectarismo católico rabioso. Nunca habían logrado asimilar a precursores protestantes e ilustrados como Wolfe Tone o Robert Emmet dentro de un relato mitológico y nacionalista, además de católico, sobre la Isla Esmeralda. Al producirse el lunes de Pascua, a ojos de los nacionalistas místicos como Pádraig Pearse el Alzamiento fue el sacrificio de sangre inevitable para la liberación de Irlanda. En un panfleto titulado *Espectros*, y escrito en la víspera del Alzamiento, Pearse escribió lo siguiente: “Sólo existe una forma de apaciguar a un espectro, que consiste en hacer aquello que nos pida. Los espectros de una nación a veces nos piden cosas muy grandes; es preciso apaciguarlos al coste que sea”. El propio espectro de Pearse ha tenido su apaciguamiento desde entonces, sobre todo en los ritos animistas de los funerales de los miembros del IRA, pero también lo ha tenido a expensas de personas vivas que murieron a pesar de su inocencia¹⁵.

Las consecuencias judiciales del Alzamiento sólo sirvieron para engendrar “el máximo resentimiento, el mínimo miedo”. Dieciséis de los dirigentes fueron condenados a muerte en diversos tribunales militares, y las ejecuciones se prolongaron durante un periodo insensatamente largo; en dos de los casos, hombres físicamente impedidos de permanecer en pie hubieron de colocarse ante un pelotón de fusilamiento. Si bien el Alzamiento de Dublín apenas suscitó un apoyo nutrido, sí se sintió un ultraje generalizado por el modo en que se procedió a la represión, así como por el internamiento en cárceles de Gran Bretaña de cientos de los participantes. Su compromiso revolucionario se ahondó en las cárceles de Frog-

¹⁵ English, *Armed Struggle*, pág. 18.

noch y de Reading. Así como el principal ideólogo del Alzamiento, el director de escuela Padraig Pearse, había jugado con los recuerdos de los mártires del pasado en sus diversas proclamas de una república de Irlanda, tanto él como sus quince camaradas ejecutados pasaron a ser mártires de la mitología popular, e inspiración constante de los republicanos todavía a día de hoy. Incluso los marxistas que había entre ellos se aferraron a los crucifijos al morir ante las descargas del pelotón de fusilamiento, realzando de ese modo su atractivo póstumo para la mayoría de sus compatriotas.

El Alzamiento habría quedado relegado a la categoría menor de lo que pudo haber sido y no fue si el gobierno británico no hubiera cometido el error de extender a Irlanda el principio del reclutamiento obligatorio para los hombres menores de cincuenta y un años (había estado vigente en el resto del Reino Unido desde 1916), con la intención de poner remedio a las enormes pérdidas causadas por la ofensiva alemana de marzo de 1918 en el Frente Occidental. ¿Por qué iban a estar exentos los irlandeses del combate cuando en cambio se beneficiaban del sistema de pensiones para la vejez, recién aprobado, y del incremento de los precios de los productos agrarios debido a la guerra? Aprobada al tiempo que se estancaron las conversaciones entre los nacionalistas constitucionales, los unionistas y el gobierno británico, la Ley del Servicio Militar relanzó de una manera dramática la fortuna del Sinn Fein en las elecciones generales de diciembre de 1918, en las que un electorado ampliado a más de dos millones de votantes participó por primera vez. El nombre del partido significaba “Nosotros”, o “Nosotros solos”, dependiendo de cómo traduzcamos del gaélico, y resultaba indicativo tanto de un claro solipsismo como de un tufillo a la Cosa Nostra.

Originalmente un partido no violento, no republicano y na-

cionalista, con un excéntrico entusiasmo por la monarquía dual del imperio austrohúngaro, que llegó a proponer como modelo para regir las relaciones entre Gran Bretaña e Irlanda, el Sinn Fein obtuvo el 48% del voto en la totalidad de Irlanda, si bien llegó a tener un sorprendente 65% en los veintiséis condados del Sur que iban a convertirse en el Estado Libre de Irlanda. Para entonces, el partido había sido secuestrado por los dirigentes que sobrevivieron al Alzamiento y a sus represalias, con un Eamon de Valera —devuelto del cautiverio en Gran Bretaña— que llegó a ser presidente del partido en el congreso de octubre de 1917. Además de reconfigurarse como partido republicano, el Sinn Fein quedó formalmente ligado al separatismo militante cuando De Valera fue elegido presidente también de los Voluntarios de Irlanda, que en 1919 pasaron a ser el IRA. Crearon un parlamento alternativo, llamado Dáil Éireann, que se reunió el 21 de enero de 1919 y promulgó una Declaración de Independencia. Tres meses después, De Valera fue nombrado presidente del Consejo de Ministros, el Gobierno Provisional de los rebeldes, en el cual tuvieron sitio propio otras lumbreras como Michael Collins, W. T. Cosgrave, Arthur Griffith y Constance Markievicz. Los ministros realizaban sus operaciones desde pisos situados encima de una tienda o en casas particulares para evitar la posible detención por parte de los británicos. Los partidarios del Sinn Fein organizaron sigilosamente un sistema paralelo de tribunales y de gobierno local con la intención de anular el poder del Castillo de Dublín, el símbolo del dominio imperial. El IRA inició una campaña militar en la que se combinaron elementos de la guerra de guerrillas con el terrorismo.

Aunque el IRA tenía una estructura de mando militar que tomó por modelo la del ejército británico, no fue suficiente para sojuzgar los deseos de las bandas locales, ansiosas por matar a los

representantes de las fuerzas de la Corona. Una unidad del IRA, en Tipperary, asesinó a dos oficiales de la Policía Real de Irlanda en enero de 1919, primer atentado de lo que iba a ser rápidamente una muy fea espiral de violencia. El IRA llevó a cabo una sistemática campaña de terror, comenzando por los ataques contra los oficiales de policía que trabajaban aislados, así como contra un detective de la Policía Metropolitana de Dublín. Este posicionamiento se desarrolló y dio lugar a ataques a mayor escala contra los barracones de la policía, en una estrategia destinada a cortar toda posible conexión entre la policía y la población, y a dar al IRA la condición de autoridad alternativa. Aplicando esta cuarentena de los medios policiales, las mujeres que tenían relación con los policías, o que simplemente cocinaban para ellos, fueron amenazadas de muerte, o bien se les afeitó la cabeza. Una mujer de setenta años que informó a la policía de una emboscada que tenía planeada el IRA murió de un disparo. En un ambiente paranoico por los espías y los quintacolumnistas, personificado por la Iglesia de Irlanda y las Iglesias metodistas, las logias de la orden de Orange y los templos masónicos, la minoría protestante de Irlanda pasó a ser objetivo del terror, y una tercera parte del total se vio obligada a huir de sus domicilios en estos años. Todo este clima se produjo sólo en parte como respuesta a la política de los británicos, consistente en quemar las casas de los rebeldes conocidos, aunque no llegara al extremo de la limpieza étnica que tuvo lugar en Esmirna en los años veinte o en la Yugoslavia de la década de los noventa.

Fueron los clásicos años del romanticismo del pistolero, una figura con chaqueta de cuero o con gabardina, armada con una pistola, un rifle o una metralleta de las llamadas “Tommy”. Era un subfusil ametrallador de fabricación norteamericana, con un cargador cilíndrico originalmente diseñado para disparar a

quemarropa y despejar las trincheras enemigas durante la guerra, pero que, al ser fabricada cuando ya era tarde para su utilización en el Frente Occidental, adoptaron como arma predilecta los gánsteres de Chicago. No servía de nada en un tiroteo a campo abierto. Entre los aspectos del aprendizaje de su manejo estaba el relativo a que un arma del 45 es mucho más útil en un asesinato a bocajarro que una del 38. La mayoría de los más o menos mil voluntarios del IRA eran jóvenes; eran católicos y solteros, con un historial que podía ser el de un dependiente de un comercio o el de un estudiante de medicina. Muchos habían prestado servicio en las fuerzas armadas británicas, o bien se habían educado con la congregación de los Hermanos Cristianos. Además de algunos pequeños grupos de asalto, había columnas itinerantes de mayor contingente que actuaban en el campo, y que constaban de rebeldes pagados a jornada completa, liberados de cualquier restricción que les hubiera impuesto el ser miembros de una familia o de una comunidad. La organización femenina Cumann na mBann aportó un crucial servicio de inteligencia, así como atenciones de enfermería, cuidados materiales y apoyo durante todo este periodo¹⁶.

Gran parte de toda esta violencia tuvo un carácter de venganza al más puro estilo del “ojo por ojo” en una sociedad en la que abundaban los odios fermentados desde tiempo atrás. Cuando un oficial de policía fue asesinado por el IRA, unos misteriosos asesinos acabaron con la vida de Tomas McCurtain, alcalde de Cork y a su vez alto mando del IRA. Su sucesor, Terence MacSwiney, fue encarcelado por sus actividades en el IRA, y murió en el septuagésimo quinto día de su huelga de hambre en la cárcel de Brixton, en Londres. Un tendero y un ami-

¹⁶ Peter Hart, *The IRA at War 1916-1923* (Oxford 2003), págs. 141 y ss.

go suyo se negaron a participar en el culto cuando entrañó el arrodillarse obligatoriamente, como las mujeres, y orar por el alma del bendito MacSwiney delante de un capuchino barbudo. Ambos fueron asesinados por el IRA. Tras tirotear a la mayor parte de la División Metropolitana “G” de Dublín, que era la encargada de los delitos de tipo político, los pistoleros del IRA —entre ellos el futuro *taoiseach* (primer ministro) Sean Lemass— atacaron el servicio de inteligencia británico en Irlanda y acabaron con la vida de doce oficiales del ejército (de forma particularmente llamativa) cuando se encontraban durmiendo en sus domicilios, en lo que pasó a ser conocido como el Domingo Sangriento, el original. La mayoría de las víctimas fueron colocadas en el depósito de cadáveres, vestidas aún con pijamas ensangrentados. Estas matanzas quisieron ser una represalia por la ejecución de un estudiante de medicina, Kevin Barry, condenado por asesinar a un soldado aún más joven que él.

Algunas de las víctimas no tenían nada que ver con el servicio de inteligencia, a menos que actuaran disfrazados de veterinarios que habían ido a Dublín a comprar mulos. Encolerizados por esta agresión, los británicos devolvieron el golpe en Croke Park, la meca del fútbol gaélico, cuando durante una persecución de unos miembros del IRA que se habían dado a la fuga dispararon contra la multitud (o se defendieron de los disparos de la multitud: las causas nunca se han aclarado), asesinando a doce personas, incluido un jugador de Tipperary que cayó muerto en el campo de juego. Todo ello fue resultado del despliegue de trece mil veteranos endurecidos en los campos de batalla de la reciente guerra, recolocados como auxiliares de la Real Policía de Irlanda. Fueron los llamados “Black ’n’ Tans”, es decir, “los de negro y marrón”, así llamados por su uniforme de combate, que aportaron cierto vigor y una considerable falta de discriminación al

conflicto, tanto que han pasado a formar parte del folclore irlandés y ya fueron repudiados en su día, en tanto fuerza de choque, por algunos de los estadistas británicos de más renombre.

Menos famosos, unos mil hombres del IRA estuvieron asimismo activos en Gran Bretaña, sobre todo en Londres, en Liverpool y en la región del Tyne. Entre sus planes más disparatados hay que reseñar la intención de asesinar a Lloyd George, de introducir un camión bomba en la Cámara de los Comunes o de envenenar a los caballos de los establos del palacio de Buckingham. En la práctica, un centenar de activistas del IRA causaron graves daños en los muelles de Liverpool, destruyendo en total diecinueve almacenes industriales. Entre febrero y julio de 1921 lanzaron una serie de ataques incendiarios coordinados en distintas granjas de los alrededores de Londres y de Liverpool, en respuesta por las represalias de los británicos, que habían quemado granjas de simpatizantes del IRA en Irlanda, además de llevar a cabo constantes ataques contra las líneas de teléfono y de telégrafo y contra los puestos de señalización del ferrocarril. Todos estos ataques provocaron daños por valor estimado de un millón de libras esterlinas.

El IRA quiso abatir a los objetivos militares y policiales más destacados, en especial a Basil Thompson, jefe de la Rama Especial y responsable de la criminalidad política. El 22 de junio de 1922, dos jóvenes del IRA, Reginald Dunne y Joseph O’Sullivan, asesinaron a tiros al mariscal sir Henry Wilson cuando llegaba a la puerta de su casa tras haber pasado la mañana en la inauguración de un monumento en memoria de los caídos en la guerra frente a la estación de Liverpool Street. O’Sullivan tenía una pata de palo a resultas de una herida sufrida cuando prestaba servicio en el ejército británico, en la misma guerra cuyo fin y a cuyas víctimas fue a conmemorar Wilson. Éste una vez había hecho un desaire a Mi-

chael Collins en una reunión mantenida en el número 10 de Downing Street. A pesar de acabar a tiros con dos policías y con un civil que los persiguieron, los dos asesinos fueron capturados y en agosto fueron juzgados y ejecutados. Los británicos respondieron a esta campaña procurando a cincuenta figuras destacadas la protección de guardaespaldas armados, además de instalar barreras en torno a los edificios del gobierno y al parlamento, y desplegar de vez en cuando contingentes de soldados para vigilar las vías del ferrocarril y los postes del telégrafo¹⁷.

Para entonces, al IRA se le habían agotado efectivamente las municiones y las armas, mientras que los británicos habían logrado capturar a unos 5.500 hombres, del total de efectivos del IRA, que debían de estar en torno a los 7.500. Collins calculó que en un plazo de tres semanas el IRA ya no estaría en condiciones de combatir. Peor aún, el servicio de inteligencia del IRA indicó a la cúpula dirigente que los británicos estaban pensando en triplicar el número de tropas desplegadas en Irlanda, además de imponer al mismo tiempo la ley marcial. Esta suposición y esta realidad condujo al IRA, que llevaba ya mucho tiempo en conversaciones con el gobierno británico por medio de distintos canales seguros, en especial el clero, a tratar de hallar una solución política, aunque fuese una solución que muchos de ellos iban a considerar meramente provisional. Una tregua declarada en el verano de 1921 desembocó en el comienzo de las negociaciones de Downing Street con el propio De Valera, que éste tuvo la astucia de dejar en manos de Michael Collins. Tras tres meses de conversaciones se alcanzó el establecimiento de los veintiséis condados del Sur en condición de Estado Libre de Irlanda, con una autonomía condicionada por diversos vínculos residua-

les con la Corona británica, semejantes a los que tenían con la madre patria, con la monarquía británica, los antiguos dominios de Canadá o Suráfrica. Seis, y no nueve, condados del Ulster siguieron perteneciendo al Reino Unido, aunque Collins no perdió la esperanza de que, cuando se trazara la frontera, este remanente quedara reducido a sólo tres, tres condados de difícil viabilidad e indudablemente protestantes. La prontitud con que el gobierno británico trató con individuos a los que poco antes había tachado de asesinos fue digna de mención, así como lo fueron las dilatadas conversaciones que generaron toda suerte de simpatías y un trato humano entre las partes negociadoras. Si acaso fracasaban los diálogos de paz, Lloyd George amenazó con desatar una guerra en toda regla, desplegando todos los recursos del imperio británico en el plazo de tres días.

El Tratado se aprobó en la Dáil por una exigua mayoría, por 64 a 57 votos, lo cual indica hasta qué punto había servido la cuestión para agravar las enemistades personales y políticas preexistentes. Los que dieron su apoyo a la firma del Tratado, entre ellos Michael Collins y Arthur Griffith, partieron del supuesto de que más vale pájaro en mano que ciento volando, y de que la plena independencia se podría lograr a su debido tiempo. En estos círculos, los protestantes de los seis condados del Norte pasaron a ser una cuestión de segunda clase, una inexplicable ampliación de la civilización industrial de Glasgow o de Manchester, en medio de un territorio irlandés que era por vocación idílico y pastoril. Sus adversarios se mostraron más molestos en cambio por la exclusión de los seis condados, o por el fracaso a la hora de lograr una república con independencia plena, basándose en la renuncia a los rasgos simbólicos de la unión que el Estado Libre aún conservó a pesar de su estatus oficial de “dominio”. Las elecciones generales de junio de 1922 confirmaron por

¹⁷ Véase la excelente relación que de esto hace Jackson en *Ireland 1798-1998*, págs. 257 y ss.

abrumadora mayoría las posturas de los partidarios del Tratado. Las estructuras de gobierno se basaron en los ejemplos británicos a la vista, aunque es significativo que no se llegara a crear un Ministerio de Educación. Ése fue el *quid pro quo* de que la Iglesia católica respaldara la creación del Estado Libre, que ya había ideado el nuevo Estado imaginándolo el bastión atlántico de la antimodernidad que en efecto iba a seguir siendo durante medio siglo. El arzobispo Walsh votó a favor del Sinn Fein.

Como lo más puro de las purísimas esencias de lo republicano debía su legitimidad espiritual a los mártires de 1916 y aun antes a un Wolfe Tone que se convirtió en 1798 al catolicismo en su lucha por la independencia, en vez de tener ninguna deuda con las elecciones democráticas, estos purísimos elementos republicanos se aventuraron a continuar con el empeño militar por establecer en efecto una república independiente. Más o menos el 50% del IRA se fundió con el recién creado ejército irlandés, mientras la mitad restante pasó a formar las tropas llamadas Irregulares, o Republicanas, que fueron los predecesores del IRA moderno. Iban a ser las vírgenes del templo, sólo que armadas, que custodiaran viva la llama de Padraig Pearse¹⁸.

En marzo de 1922, los hombres del IRA que se opusieron a la decisión de la Dáil tomaron una serie de edificios de Dublín, en un simbólico retorno al Alzamiento de Pascua. No pudo aquella intentona conducir a nada bueno, porque el ejército del Estado Libre se desplegó para hacer frente a los insurrectos, empleando armas que les habían proporcionado los británicos. El ejército británico llegó a prestarles un par de cañones. “¿Y cómo es la artillería?”, preguntó un hombre del IRA a un veterano de la Revuelta de Pascua. “Ya te acostumbrarás, no está mal”, res-

¹⁸ Véase la excelente relación que de esto hace Jackson en *Ireland 1798-1998*, págs. 257 y ss.

pondió su camarada. La insurgencia de Dublín fue fácilmente reprimida, al igual que en otras ciudades y pueblos. El IRA recurrió a la clase de guerra de guerrillas en el medio rural que junto con sus enemigos, los partidarios del Tratado, había librado recientemente contra los británicos, aunque una de sus unidades tendió una emboscada y asesinó a Michael Collins el 22 de agosto de 1922. Irónicamente, el Gobierno Provisional recurrió a una serie de medidas tan parecidas a las de los británicos que en nada se distinguían de aquéllas, con el fin de vencer en lo que ya era entonces una guerra civil, si bien, y al contrario que los británicos, contaba con el apoyo de la Iglesia católica, que velozmente excomulgó a los integrantes del IRA. Una resolución en la que se aprobaron poderes especiales vino a perpetuar las draconianas represalias militares que habían comenzado con los británicos, con la Ley de Restauración del Orden en Irlanda aprobada dos años antes. Volvió a comenzar una espiral de violencia. Fueron ejecutados unos setenta y siete cautivos republicanos, sin que se tuvieran en cuenta los servicios que hubieran podido prestar a la causa del patriotismo irlandés. Cuando las autoridades irlandesas asesinaron a Erskine Childers, escritor republicano de cincuenta y dos años de edad, el IRA anunció que los miembros del gobierno y sus partidarios quedaban desde ese momento amenazados de muerte.

La primera víctima fue Seán Hales, diputado de la Dáil favorable a la firma del Tratado. El Gobierno Provisional respondió a su asesinato con la ejecución sumaria de cuatro prisioneros republicanos, con lo que puso fin a ese ciclo concreto de violencia públicamente reconocida. Sin embargo, no bastó ese gesto para detener la encarnizada guerra desatada entre el IRA y las tropas del Estado Libre. Parece que algunas de éstas mataron a prisioneros del IRA amarrándolos a unas minas que hacían estallar bajo ellos. Tal vez entre cua-

tro mil y cinco mil personas perdieron la vida en la guerra civil, la mayoría pertenecientes al IRA, puesto que las pérdidas militares reconocidas por el Estado Libre fueron unas ochocientas. En mayo de 1923, el IRA proclamó un alto el fuego y ocultó las armas, hecho que llevó al presidente William T. Cosgrave a comentar que los miembros de la organización tal vez estuvieran necesitados de su ayuda “siempre que se les meta en la cabeza entrevistarse con un director de banca”. Sea como fuere, en los círculos republicanos el Alzamiento pasó a ser un mito fundacional que uno podía criticar sabiendo a qué se arriesgaba. En 1926, Sean O’Casey, dramaturgo de clase obrera y protestante, hizo exactamente esto en *El arado y las estrellas*, representada en el Abbey Theatre, el teatro nacional, una década después del Alzamiento. Las esposas y las viudas de los mártires republicanos, incluida la madre de Pearse, armaron un pandemónium tremendo en el escenario cuando la tricolor irlandesa desfilaba a la entrada de una taberna mientras sonaba de fondo el discurso espectral de Pearse en la proclamación de su república. O’Casey abandonó Irlanda y nunca más volvió¹⁹.

Una de las consecuencias inadvertidas de la guerra civil que convulsionó el Sur fue que permitió a los unionistas del Ulster —una secesión dentro de la secesión— la consolidación de la partición formando el estado de Irlanda del Norte. Este hecho se aceleró gracias a la silenciosa retirada de un tercio de los protestantes de los condados del Sur después de una campaña del IRA de asesinatos sectarios mucho menos conocida que las feas revueltas de los unionistas contra los católicos de Belfast. Las ambigüedades y las esperanzas no reprimidas que emitieron los

partidarios del Tratado, en el Sur, tuvieron desafortunadas repercusiones en el Norte. Los nacionalistas católicos se abstuvieron de toda implicación política en los años cruciales en que se formó Irlanda del Norte, actitud que permitió a la mayoría unionista abolir la representación proporcional y dividir injustamente, de manera partidista, los acuerdos del gobierno local. Esto alimentó un sentimiento de agravio entre los nacionalistas católicos, por entender éstos que las propias víctimas eran en parte responsables, debido a su deseo de mantener el carácter provisional de la nueva entidad política creada en el norte de la isla. A comienzos del siglo XXI ésta sigue existiendo y forma parte del Reino Unido, siendo Belfast, y no Dublín, la ciudad que aparece en los mapas de los partes meteorológicos de la televisión británica²⁰. ■

[Versión abreviada del primer capítulo de *Sangre y rabia. Una historia cultural del terrorismo*. Traducción de Miguel Martínez-Lage y Natalia Rodríguez-Martín. Taurus, 2008.]

¹⁹ Christopher Murray, *Sean O’Casey. Writer at Work* (Dublín 2004), págs. 163 y ss.

²⁰ Jackson, *Ireland 1798-1998*, págs. 345-356.

Michael Burleigh es historiador, colabora en el *Sunday Times* y el *Times Literary Supplement*. Autor de *El Tercer Reich* y *Poder terrenal*.